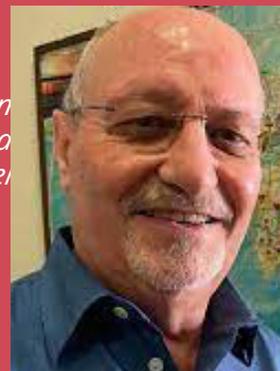


PARA UNA GRAMÁTICA DE LO HUMANO EN LA VIDA CONSAGRADA

P. Carlos del Valle, SVD

Padre Carlos del Valle es Misionero del Verbo Divino. Es doctor en Teología Moral y desde 1983 trabajó en Chile y fué Director de la Revista Testimonio. En junio del 2013 fue nombrado Rector del Collegio San Pietro en Roma.



1. Aprendiendo a vivir

Con los años el vino se ha vuelto agrio. El vino agrio produce caras agrias, actitudes intolerantes, maestros más que discípulos, señores más que pastores, príncipes más que servidores, jueces más que fascinados, más estructura jerárquica que pueblo de Dios. Por eso la sala del banquete se ha vaciado de comensales, que solo desean vivir felices y disfrutar de la vida que Dios les regala.

Sobran jueces y faltan amigos del alma. Sobran maestros y faltan discípulos. Religiosos que en el corazón tienen ideas, instituciones, miedos, no personas. Centrados en el rol, no en la misión, convierten la tarea en oficio, haciéndose funcionarios del sacro, y hasta funcionarios pragmáticos, situados en la vida en función del sol que más calienta. Gente sentada en la cátedra de Moisés, oxidada por el sistema que ya no responde a solicitudes humanizantes de cambio. Hay comunidades donde se vive la consagración como status, como separación de la vida en general, de laicos y pobres en particular. Se percibe a la Vida Religiosa como cansada, despreocupada por ser vida, por muy religiosa que aparezca. Desubicada ante las profundas transformaciones de la historia. Tocada por la lepra de la deshumanización, necesita sentir la mano del Sanador de la ternura.

No hay sombra sin luz, ni luz que no haga sombra. El testimonio de muchos se pierda por la incoherencia de algunos. Hoy no hay tiempo para lo innecesario. "No es tiempo de tratar con Dios asuntos de poca importancia", dice Teresa de Ávila. Lo fundamental

es la relación entre Iglesia y Evangelio. El Evangelio no es teoría, doctrina, religión; es una forma de vida. Razón de ser de la consagración, hombres y mujeres de fe, orientados hacia el Misterio, convocados a transformar la vida según el corazón de Dios, estando de corazón en cada cosa.

En la juventud aprendemos y en la vejez entendemos. Envejecer es como escalar una montaña: Mientras subes las fuerzas disminuyen, pero la mirada es más amplia y serena. A la gente le interesa aprender a vivir. También a los religiosos. No nos centramos en profundizar aquello en que consiste la Vida Consagrada. Nos interesa aprender cómo ser persona consagrada aquí y ahora. La devaluación de nuestra vida no está en los grandes principios, sino en la encarnación de los mismos. Interesa conocer no sólo los ideales que inspiran, sino el nivel de encarnación de esos ideales en nuestra vida.

Para conocer una flor, una herida, un pobre, a Dios... de rodillas, mirando de cerca. Lo que sirve para vivir es poco: sabiduría evangélica. No es fácil comprender la vida, las personas, el poder, las aspiraciones, el dolor, los valores. No necesitamos más ideas, teorías, cosas novedosas. Si en estas páginas el lector encuentra algo nuevo, espero que sea solo energía en palabras, con vitalidad y sello de vida actual. Palabras que ayuden a guiar nuestra vida por experiencias humanas y fe en Jesucristo, siendo personas con identidad bien definida y motivación bien alimentada. Necesitamos maestros de vida humana, con lenguaje sencillo, que hace todo transparente. Lo sencillo cala más hondo que lo complicado. En la reflexión sobre la Vida Consagrada echamos de menos palabras capaces de unir la autenticidad de quien las pronuncia con las necesidades profundas de quienes las acogen. Palabras fecundas que, brotando del corazón, se conviertan en energía que abre corazones y los dirige hacia horizontes más amplios. Palabras que abran poros de la piel, ventanas del alma. Tocar corazones es la mejor manera de cambiar mentes.

En la Vida Consagrada hay personas buenas, que hacen el bien. Vidas sencillas que moldean otros corazones para lo humano. Al estar con ellas te hacen sentir que tu vida puede ser mejor. En esas personas vemos como Jesús aparece en otras palabras que reflejan las suyas, en otras vidas que tocan las nuestras, en otros abrazos que nos levantan. Experiencia con el Verbo encarnado, que siempre humaniza. Esas personas, con su estilo de vida, nos sitúan en lo que es la Vida Consagrada. Donde hay vida vivida desde la donación aparece la encarnación del Verbo.

La debilidad no asusta; la mediocridad, sí. Esa espiritualidad *light* que alimenta una fe del bienestar y comodidad. Un conformismo corrosivo que tapa la mirada e insensibiliza el corazón frente a la realidad humana. Superficialidad es la gran enfermedad de los religiosos. Quien carece de valores sólidos termina en el hedonismo. En la Vida Consagrada no se trata de hacer algo bueno, sino de llegar a lo mejor. Nos amenaza la tragedia de no querer encontrar lo mejor para superar crisis. Ciertamente los mejores siguen en la brecha. No hay un buen médico, un buen profesor, un buen albañil que esté en crisis en su sector. El Papa Francisco provoca a dar forma y visibilidad a una Vida Consagrada en salida, a una espiritualidad del encuentro, a una diaconía de misericordia y ternura. Una llamada a encontrar en los religiosos respuesta orgánica, no sólo sentimientos emocionales, pasajeros y estériles. Podemos acoger las palabras del Papa como exhortaciones piadosas, no como fermento de cambio en vida y misión.

2. ¿Dedicados a vender superficialidades?

Un pájaro herido no puede volar, y un pájaro que se apega a una rama del árbol, tampoco. Ramas de apego son nuestras superficialidades que nos llenan de ocupaciones y nos privan de preocuparnos por lo verdaderamente importante. Con el riesgo de que el sentido de la vida sea sacrificado en limosnas que aplacan conciencias. También entre consagrados abundan prácticas de oración convertidas en espacio para lo útil, no simple lugar de amistad. Oraciones vividas en la impaciencia de merecer a Dios, no en la paciencia de acogerlo. Los sarmientos no dirigen su atención a los frutos, sino a la unión con la vid. No son ellos los que producen frutos, sino la vid a través de ellos. Sentido vital más orientado a la unión con la vid que a la maduración de frutos. Es la vid la que hace madurar los frutos. Los sarmientos, vehículo que deja fluir la fuerza de la cepa.

Cada día elegimos entre vivir o sobrevivir, autonomía o dependencia, plenitud o mediocridad. La santidad es una pasión. Algo que nos da fuerza al comenzar el día y motivación cuando el camino se hace cuesta arriba. La pasión es el carburante que pone en ejercicio el potencial que tenemos; es fuego encendido en nosotros. Será un proyecto, un nombre en el corazón, una herida ajena que hacemos nuestra, deseos de futuro, trabajo vivido como vocación, una vida digna para los pobres.

Hay religiosos que dejan en sus vidas un hueco para Dios, y que sea cuanto más grande, mejor. Supone esfuerzos por arrebatar espacios y tiempos a la vida social, a la relación humana, a la preocupación por aliviar necesidades, para poder dedicarlo al Dios recluido en el espacio sagrado. Se busca tiempo de oración para encontrarse con Dios, en lugar de buscar tiempos de oración para saborear y celebrar el encuentro con Dios en la misión humanitaria. Como si Dios no se entendiera bien con lo humano. Un estilo de vida alejado de la encarnación, del Dios que hace suyo lo humano. Dios vive donde le dejamos entrar. Llamados a tener experiencia de Dios, que pasa por nuestra agenda diaria. Llegamos a Dios por lo humano. Nos relacionas con Él cuando nos encontramos con personas y sus problemas: *“Lo que hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron”*. La santidad no es lo sublime, sino lo profundamente humano. Si para salvar este mundo Dios se hace humano, ¿habrá otro camino para nosotros? Lo primero no es la oración, sino la vida: la alegría, la fiesta de la amistad, el dolor, el hambre de pan y de sentido. De ahí nace la súplica, la admiración, la alabanza.

El destino de los lirios del campo es transformar la tierra en belleza. El destino de un ser humano es hacerse más humano, crecer en sensibilidad y ternura. Eso despierta lo mejor del ser humano. Nos volvemos más humanos alimentando lo que tenemos de divino. Ahí encontramos la más auténtica afirmación de nosotros mismos. No podemos separarnos del amor, como tampoco Dios. Amar y recibir amor humaniza la vida. Somos humanos cuando sentimos que el corazón se desgarrar de ternura. Ser humano es aceptar y celebrar la humanidad de los otros.

Consagrado, buscador de Dios. ¿Por qué caminos? Destinados a *reproducir la imagen de su Hijo* (Rom. 8, 29). Nos hacemos más divinos al hacernos más humanos. Hay personas profundamente religiosas y profundamente inhumanas. Lo importante no es ser buen religioso, sino buena persona. Persona buena, no porque todo en su vida vaya bien, sino porque todo lo puede afrontar bien. Es más fácil ser héroe que persona buena. Héroe se es una vez, en lo extraordinario; persona buena, siempre, en lo ordinario. Vivimos rodeados de lo cotidiano, lo normal, no lo heroico. Un consagrado hace las cosas ordinarias en

modo extraordinario. Aquí está la diferencia entre las personas grandes y las mediocres. Regresemos a la vida cotidiana refugiándonos en la normalidad de nuestras modestas experiencias personales.

Tú vales tus conocimientos, habilidad, experiencia, tu manera de ser. La diferencia entre el grande y el mediocre está en la manera de ser. Nos gusta una persona por su manera de ser, amable, humilde, sensible, se preocupa de mí, le intereso, me acoge, me ayuda... es buena persona. A una persona buena la quiero. A uno que sabe mucho o tiene mucha experiencia lo admiro. Cuando nos desanimamos perdemos lo mejor que tenemos: la manera de ser, el ánimo. Pasamos de ser brillantes a mediocres. Al perder el ánimo, le ponemos menos cariño a lo que vivimos, menos ilusión, menos interés, menos ganas. Nos volvemos mediocres. Perdemos vida de Dios, presencia del Espíritu en nosotros. Vida es estado de ánimo. Es tarea nuestra ayudar a otros a no perder el ánimo.



Hagámonos responsables de nuestro estado de ánimo. La diferencia entre una persona positiva y otra negativa es su estado de ánimo. Piensa en cada día, si logras levantarte con metas y acostarte con esperanzas.

El Papa Francisco interpela al poner el centro de la religión en lo humano, no en lo sagrado, porque lo humano es encarnación de lo sagrado. El centro es la bondad, el sufrimiento de los débiles. El Papa sigue a Jesús, que vive otra religión, otro tipo de convivencia, el Reinado de Dios. Jesús pone el centro de lo religioso en la vida, las relaciones humanas, la bondad, misericordia (Bienaventuranzas). Para ello necesita profunda experiencia de Dios en la fuerza de la oración.

Hablar del Reino es hablar de una sociedad humanizada. Donde hay humanidad plena (bondad) hay belleza, gozo, alegría. Quizá al hablar del Reino pensamos en un buen

proyecto de actividad pastoral, sin preocuparnos de humanizar personas, estructuras, instituciones. A Jesús le gustaba madrugar y estar a solas con el Padre; prefería comer en compañía; se le iba el corazón hacia los perdidos; le impacientaban los fariseos y sus rigideces; le importaba la gente (D. Aleixandre). Él es la imagen del ser humano soñado por el corazón de Dios.

Para ser creíble, la palabra de Dios necesita cuerpos, testigos, mártires, lugar de encarnación. Necesita que en nuestras comunidades se respire Evangelio vivido en oración y encuentro fraterno. La oración es encuentro, con Dios, con uno mismo, con la vida. De la oración sacamos espíritu profético, alma de la misión. No podemos vivir solo de acción y resultados. Nos volveríamos posesivos y con menos capacidad de acoger y compartir. Nos sucedería lo que a bomberos que van ansiosos a apagar un incendio y, cuando llegan, se dan cuenta de que sus estanques están vacíos.

Los gestos auténticamente religiosos no son los del culto, sino los del cuidado. Lo muestra la Vida Consagrada inserta en espacios de lo humano: hospitales, escuelas, orfanatos, lugares de acogida, inserción entre los pobres.

Para poner en sintonía lo que pensamos, sentimos y hacemos necesitamos oración reflexiva. Un modo de estar presente aquí y ahora, atentos, concentrados. Tiempo de oración es tiempo concentrado, para vivirlo intensamente, con todo el corazón. Nuestra vida sin tiempo concentrado es vida sin sentido. Podemos descubrir el sentido de lo que hacemos cuando es vivido en profundidad. Ser conscientes de cada momento nos conecta con la realidad, nos hace vivir el presente con presencia. Entrar en el propio interior implica crecer en humanidad, en sensibilidad hacia valores profundos. La oración es escalón hacia lo profundamente humano. Para no caer en superficialidades, no nos contentamos con abrir puertas y salir al exterior; también abrimos ventanas y dejamos entrar del exterior aire de Dios.

Caemos en superficialidades cuando la vida de oración se reduce a rezos vocales, que nos convierte en hombres/mujeres de oraciones, más que de oración. Alimentar prácticas

de piedad es dedicarse a regar flores de plástico en el jardín de la propia existencia. No confundir fe con piedades, sentimiento religioso, perfección moral. No se trata de ser más piadosos, más fervorosos, más perfectos, sino más creyentes. Encontrar en la fe la fuente de sentido, el fundamento de vida y misión. Ser hombre o mujer de Dios, no solo porque ora, sino porque piensa, habla, actúa desde el corazón de Dios.

Si las prácticas de piedad no proceden de una oración personal profunda, pueden quedarse en cuerpo sin alma. De ahí un vacío afectivo que hay que llenar con otros amores a personas o cosas. Vacío afectivo que lleva a necesitar de los otros para que nos valoren, para que aprueben lo que hacemos, para que escuchen nuestras quejas, para que nos recuerden lo mucho que valemos y lo grande que somos. En la reflexión orante Jesús entrena nuestros deseos, nuestros sentimientos y afectos, hasta llegar a sentir y desear según los anhelos de su corazón. *"Tened los mismos sentimientos de Jesús"* (Flp 2,5), su sensibilidad y deseo de sintonía con Padre. Cuanto más crece la sintonía con Dios, más se ensancha el corazón para abrazar todo lo que es humano.

Orar no es buscar un estado de ánimo; es un acto de fe. Hacemos oración no solo para pensar a Dios, o sentir a Dios (emociones), sino para querer a Dios, el Dios humano que muestra Jesús. Para nutrir el espíritu necesitamos vitaminas, no solo condimentos que satisfacen el paladar. La oración es Tabor en la vida, monte de nuestra transfiguración. Vivir es cambiar. La santidad es resultado de muchas transformaciones. Contemplar la Palabra cambia pensamientos, actitudes, motivaciones, emociones, en sentimientos de Jesús, deseos de Dios. La oración va cambiando el corazón. El hábito de la oración lleva a vivir no desde y para nosotros, sino desde Dios y los hermanos, con ellos y para ellos. Sintoniza con la mirada de Dios: *"Y vio Dios que todo era bueno"*. Mirar y ver buenos a los demás es ser de corazón puro.

Cuando Teresa de Calcuta veía un pobre sentía un impulso de bondad que la empujaba a socorrerlo. Resultado de un hábito, que se hace estilo de vida. Motivado por oración, que lleva a ver a Jesús en el pobre. Si no vivimos con los pobres es difícil cambiar. Madre Teresa tuvo que dejar atrás las seguridades del convento. Somos mujeres u hombres de Dios no solo porque oramos, sino porque pensamos, hablamos, actuamos desde la humanidad de Dios. Entraremos en sintonía del Reino. En el Evangelio se ve que donde llegaba Jesús, llegaba el Reino. Es nuestra tarea: multiplicar experiencias humanas que encarnen la llegada del Reino en nuestra llegada.

3. Latido del corazón de Dios en el corazón del mundo

Encontrar el tesoro no es todavía poseerlo. Si lo hemos descubierto, no caigamos en la ingenuidad de creer que lo poseemos. Nuestro tesoro es entrar en sintonía con el corazón de Dios al descubrirlo en el corazón del mundo. Los tesoros que merecen la pena suelen estar escondidos en el corazón de otros. Recorramos el mundo con ojos abiertos. En cada ser humano o acontecimiento podemos descubrir semillas de vida humanizada, y repetir con Jacob: *"El Señor estaba ahí, y yo no lo sabía"* (Gén 28, 16). No se vive de grandes ideas sino de experiencias concretas.

No es que el mundo nos muestre a Dios; es la sensibilidad de nuestra fe la que descubre a Dios en el mundo. Mirar la vida, acontecimientos, personas con ojos creyentes nos lleva a desenterrar Evangelio escondido. No nos preocupemos tanto por evangelizar, sino por captar lo humano, lo evangélico, y desvelarlo. Hasta el más pobre -ante todo los pobres-

tiene su tesoro escondido. Nuestra misión es llenar de Evangelio la sociedad, desvelándolo donde está oculto. Las parábolas del Evangelio no solo comunican cosas misteriosas en un lenguaje sencillo; también nos llevan a reconocer en las cosas sencillas el misterio, la profundidad que se revela. Las parábolas son atención a lo cotidiano; subrayan lo normal de la presencia del Padre. Si estuviéramos atentos a las cosas cotidianas, nos tocaría la presencia cotidiana de Dios.

Sentir la propia fragilidad es camino seguro de santificación y de crecimiento humano. Una ostra sin heridas no produce perlas. El dolor conecta con la vida; también puede convertirnos en el centro de nuestro pequeño mundo. La enfermedad es escuela de humanización. Aprendemos a ser más tolerantes, más comprensivos, más compasivos. Cuando nos detenemos a mirar una persona que sufre, sentimos asombro; se despierta en nosotros la sensibilidad; se enciende la pasión por la vida. Esa pasión despierta nuestra capacidad de amar... Mirada, asombro, sensibilidad, pasión por la vida, capacidad de amar. Dios no nos trae verdades, sino pasión por el ser humano. Si paso una hora ante una herida ajena, puedo conocer el corazón de Dios mejor que cuando leo libros y descubro el sentido de las palabras. Con experiencia de que vivir es dar vida.

La realidad en primer lugar no está para ser transformada, sino para ser reconocida, disfrutada, agradecida. Ahora vivo con 180 jóvenes sacerdotes, en ambiente de estudio. Esta casa para mí no es solo lugar de trabajo y formación, sino también de sensibilidad, emoción y deseos, de experiencias de gozo, afecto y de fe. Una mirada de fe porta a encuentros con personas, hechos, rutinas... vida llena de encanto. Estamos invitados a descubrir y saborear encanto en pequeños detalles de vida cotidiana. Todo lo humano lleva dentro esa levadura de humanidad que fermenta lo que existe.

Fecundan el mundo quienes, como José, saben soñar, escuchar, proteger, cuidar. Quienes logran mirar el pasado solo para perdonar o agradecer; el presente, con alegría y entusiasmo, y el futuro, con esperanza y optimismo. Personas que han escogido vivir desde lo esencial: fe que confía, amor que acoge, esperanza que construye. Seres humanos que cargan vidas de otros, dolor y heridas de otros, que aman sin contar fatigas y miedos. Con detalles de vivir con el corazón en la tierra y el sueño en el cielo. Nuestra vida es más o menos valiosa en la medida en que procuramos al otro lo que no tiene. Somos humanos cuando cuidamos vidas. Si no vemos a la persona, sus necesidades y lágrimas, es por *sklerokardía*, corazón duro, la peor enfermedad para Jesús. Produce funcionarios, burócratas de reglas, analfabetos del corazón.

Cuidar es preocupación activa, modo práctico de amor cristiano. La mamá hace Reino de Dios cuando cuida de sí, de otros, del mundo. Los gestos auténticamente religiosos no son los del culto, sino los del cuidado. Lo muestra la VIDA CONSAGRADA inserta en espacios de lo humano: hospitales, escuelas, orfanatos, lugares de acogida, inserción entre los pobres. En la parábola del samaritano amor como cuidado se conecta con envío en misión: *"Ve y haz tú lo mismo"*. Parábola que invita a relaciones desde otras claves; reconocer el cuidado como semilla en el corazón, lo inclusivo y gratuito del amor que cuida.

Jesús muestra el modo más humano de vivir. En él Dios señala un modo de ser humano. Para Jesús, feliz es el pobre no el rico, el que da no el que acumula, el perseguido no el perseguidor, el pacífico no el más fuerte. Invita a descubrir en un poco de pan y vino, bendecidos y compartidos, el signo de lo que debe ser tu vida: evangelio, que contagia con entrega y servicio. La religión se centra en lograr la otra vida; el Evangelio, en humanizar

esta vida. *He venido para que tengan vida.* Jesús, con tres preocupaciones: salud, alimento compartido y relaciones humanas que nos hacen buenos.

Dios encarnado, Dios humanizado. Nuestro Dios es Jesús, un hombre pobre, débil, que conoce el miedo, la tentación, el dolor, el rechazo, la alegría, la amistad. Cuesta reconocer al Hijo de Dios en un ser humano pobre. Si decimos que Dios se humanizó, estamos diciendo que a Dios lo encontramos en lo humano. No es posible la fe si no produce humanidad. Nuestra vida no tendría sentido por otro camino. Ser consumidores de espiritualidad, espectadores de la vida, nos lleva a vivir una historia envasada al vacío, al margen de la historia de otras personas. Por el contrario, darnos cuenta de cada cosa que ocurre nos conecta con la profundidad de lo cotidiano. Pedimos signos grandes a un Dios ilusorio, y no vemos los signos pobres que nos ofrece el Dios real, fermento de humanización siempre.

La experiencia del encuentro humaniza. Es una lámpara que siempre ilumina cuando todo se apaga. Somos imagen del Dios de los encuentros.

4. Los sencillos contagian humanidad

La experiencia del encuentro humaniza. Es una lámpara que siempre ilumina cuando todo se apaga. Somos imagen del Dios de los encuentros. En las comidas Jesús denuncia el clasismo que siempre separa y margina, sin permitir el encuentro. El Evangelio recuerda que Jesús se puso *"en medio de ellos"*. No en alto, como superior. No a un lado, como juzgándolos. En medio, al mismo nivel, en fraternidad, paridad de relación. Creer estar cerca de Dios y mirar a otros desde arriba es negar que Cristo se encarnó. Cristo no es no lo que digo de él, sino lo que vivo de él.

"El Verbo se hizo carne"... prueba que detecta índices de espiritualismo que llevamos en la sangre. En la vida hay tres verbos malditos: *subir, tener, mandar*. Jesús opone tres benditos: *bajar, dar, servir*. Vincula servicio y poder. Hay un contraste entre el Dios Todopoderoso y Jesús a los pies de los discípulos. El Maestro elimina el contraste: El poder se ejerce en

amor que sirve. Postrado, con toalla dice: *"Haced vosotros lo mismo"*. ¿Somos seguidores de Jesús, o parece que lo somos?

Jesús sigue seduciendo hoy porque rechaza la lógica del poder. Las jerarquías fácilmente se contagian de espíritu mundano, pasando del servicio de hermano a hermano a poder de uno sobre otro. La preocupación por el prestigio sustituye al servicio. Revestidas de aureola divina, evitan así que el poder sea cuestionado y puedan continuar gozando el aroma del privilegio. Lo propio del clericalismo, con espíritu mundano. El Evangelio recuerda: *"Estar en el mundo sin ser del mundo"*. Pasando de una autoridad que se refuerza a sí misma sirviéndose de las personas, a una autoridad al servicio de las personas. Implica el paso de tener, a dar poder, sin vestir defectos con lenguaje de virtudes. El mensajero tiene autoridad cuando se identifica con el mensaje.



No hace falta ser clérigo para ser clerical, con actitudes de segregado, por encima de los demás. El clericalismo vive en esa aristocracia. Porta a un modo de vivir aristocrático: estar más allá del pueblo de Dios. El pueblo nos sitúa en nuestra verdadera identidad de ser humano y cristiano. Porque el núcleo de nuestra identidad está en lo que nos aproxima a otros, lo humano, cristiano, no en lo que nos diferencia de ellos. El pueblo de Dios nos ubica en la Iglesia. El religioso/a clerical no está inserto. Jesús se vació, se abajó, para insertarse en el pueblo. El clericalismo avala una élite que no se reconoce en el pueblo. De ahí el manejo perverso del poder.

Para Jesús, servir es la única forma de relacionarnos en igualdad y respeto. *"Y todos vosotros sois hermanos"* (Mt 23, 8). Bajarse del pedestal para hacerse pueblo. Seguir a Jesús es cambiar la pirámide por el círculo. Consagrados, expertos en comunión. Nos

juntamos para hacer fraternidad; no somos un grupo piadoso o de acción apostólica. Nuestra vida tiene sentido en la medida en que somos seres de comunión, de encuentro, de manos unidas, de proyectos compartidos. Lo primero es ser hermano. El don que compartimos en la comunidad y entregamos en la misión. Todo en nuestra vida tiene sentido desde la encarnación; la misión desde y para la fraternidad. Fraternidad en el servicio con los pobres. Cabe más dignidad humana en el amor y el servicio que en el poder y la distancia. Si cuesta vivir esto, es porque el corazón aún no está evangelizado.

Escena de la unción en Betania (Lc 7, 36-50): El centro debería ser Simón, anfitrión, piadoso, con poder. Lo ocupa la mujer. Jesús hace protagonistas a los últimos. (Entre las mujeres Jesús no tuvo enemigos). Simón se cree acreedor ante Dios, no deudor. No muestra agradecimiento. La mujer necesita ser acogida por ese hombre de Dios. La alegría le hace mostrar ternura. Error de Simón en su mirada que juzga. En una frase (v. 39) hace dos juicios: Jesús, falso profeta; la mujer, una repudiada, con el nombre de su pecado. El fariseo mira el pecado; mirada de rechazo, violenta. Jesús mira la debilidad, sufrimiento, necesidades; mirada acogedora, amorosa. Para Simón, mirar y juzgar es lo mismo. Para Jesús, mirar y amar es lo mismo. Está de parte de la mujer que ama mucho. Amar humaniza a la persona.

Jesús, de parte de los últimos por amor a la vida. Para Dios cuenta lo auténtico, poner el corazón en lo que haces, como la viuda que da lo que tiene para vivir. Un acto realizado con todo el corazón acerca a Dios. No es el dinero lo que decide el valor de las cosas, sino la humanidad puesta en ellas. El dinero, como la droga, no da felicidad, pero crea adicción. El Evangelio no lleva solo a preguntarme ¿qué hago yo con mi dinero?; más fundamental: ¿qué hace mi dinero de mí?, ¿me hace más humano?

Los pobres son protagonistas sin rostro de tragedias casi siempre evitables. Y los consagrados solemos ser espectadores, más que actores. Si los ricos buscan más riqueza, los pobres prefieren un poco de amor, una casa, compañía, un detalle de cercanía. Acercarse a gente pobre permite descubrir humanidad de Dios. Son su imagen. Antes de resolver problemas, podemos disfrutar del Dios humanizado que camina con ellos. Para Jesús, revelar es desvelar vida cotidiana. Acostumbrados a ver a Dios en la generosidad del que da, cuesta desvelarlo en la dignidad de quien pide. Entre débiles, con deseo de aprender de ellos, se descubren tesoros, maravillas de humanidad ocultas.

Hay quienes no hacen lo bueno por amor al bien, sino porque son esclavos de su imagen y necesitan sentirse superiores a los demás. También las críticas que hacemos a otros enmascaran un afán de presentarnos como superiores a ellos. No podemos sentirnos más salvadores que servidores. Pasemos de una Vida Consagrada revestida de poder e hinchada por vanidad a otra servicial y henchida de amor a las víctimas de la historia. Puedo decir que yo fui a América Latina como profesor y regresé como alumno, con experiencia de sentarme a los pies del "maestro" que son los sencillos. Sin sencillez y minoridad perdemos deseo de ir a los pobres. Buscamos acomodo. Si permanece algo del deseo de ir hacia ellos, -por remordimiento de incoherencia de vida-, será "desde arriba", como quien da limosna, no desde la solidaridad de quien comparte la vida y se deja convertir por ellos. No nos reconocerán como anunciadores del Reino.

La vida vale cuando se entrega. Lo nuestro es dar la vida sirviendo. Cuanto más vacíos estemos de nosotros, más vida de otros cabrá en nosotros. Con y de parte de los sencillos nos volvemos más humanos. Dar pan haciéndose pan para otros. Religioso/a,

sirve y cuida personas. El cuidado es perla que expresa calidad de amor encarnado. El señor llega y encuentra despiertos a los criados, y Jesús dice: *“Les aseguro que se pondrá el delantal, los hará sentarse a la mesa y se pondrá a servirlos”* (Lc. 12, 37). Cuesta ver a Jesús con toalla. ¿Lo imaginamos con delantal? Disponibilidad y servicio abrazados cordialmente. Consagrados, gente con delantal, que no exige, sostiene; no pretende, cuida; no pide derechos, responde a necesidades. Podemos decir algo cuando vivimos sirviendo, porque solo el amor tiene algo que decir. Los fariseos ponen el pecado en el centro de la relación con Dios. La primera mirada de Jesús se dirige no al pecado sino al sufrimiento y necesidades de la persona. En el Evangelio, “pobre, enfermo” aparece más que “pecador”. Somos prisioneros de límites antes que culpables. Los archivos de Dios están llenos de lágrimas, no de pecados. El pecado perdonado deja de existir. Y ante Dios hay perdón, no absolución condicionada.



Para concluir

Dios quiere que sus hijos vivamos con gozo. Llena de alegría vivir a gusto donde estamos, presentes en el aquí y ahora. La alegría es la gran tarea de los cristianos. La fuerza de una vocación se traduce en alegría. Vivir con alegría la vocación es la fuerza de los religiosos (Papa Francisco). La alegría lleva a disfrutar más de la vida. Genera actitudes positivas hacia uno mismo y hacia los demás. Ayuda a salir de nosotros, nos abre al encuentro. Mueve para poner energías y capacidades al servicio del propio proyecto. No permite caer en pesimismo cuando fracasamos o en narcisismo cuando tenemos éxito. Quien vive contento es bueno con los que le rodean. Si estamos contentos, el Dios que transmitimos será bondadoso.

Asumimos la misión de contagiar humanidad en personas, grupos, instituciones, humanizándonos nosotros. Jesús enseña que Dios está en lo humano: comer juntos, vivir como hermanos, servicio en las relaciones, compañía y aliento en la dificultad, misericordia y perdón. Para crecer en humanidad, antes de preocuparnos de nuestras debilidades, nos centramos en contagiar alegría. La mejor manera de salir de nuestros

pecados es la experiencia del gozo del encuentro. Podemos vivir desde lo positivo o lo negativo. La parábola de la cizaña ofrece dos miradas: la de los siervos que ven la mala hierba; la del dueño que se fija en el buen grano. Nos desafía *Amoris letitia* al cambiar el principio del “mal menor” en el “bien posible”. Lo segundo tiene el efecto de ser magnetizados por el bien que atrae, no temerosos por el mal que paraliza.

Bendecir, hablar bien, reconocer lo bueno en otros, y lo frágil, sin convertirlo en insulto. Quien sabe bendecir mira con simpatía, y quien mira con simpatía vive con alegría. Sin recordar el favor que uno hace y sin olvidar el que recibe. Centrado en ideales fuertes, más que en defectos, cultivando fuerzas de bondad, cuidado, acogida, justicia, paz... ecología del corazón. Ecología significa proteger y tener el ambiente limpio, gozo de la paz. La paz tiene que ver con el despojo de lo innecesario. Si somos ricos en cualquier ámbito, no hay paz en el corazón. Hay paz cuando no se depende de nada ni de nadie, solo de Dios. No es que venga la paz después de la tormenta; en la tormenta Dios es la paz, amaina la tempestad. Las bienaventuranzas son el camino para la paz. La alegría de la paz aporta energías de bienaventuranza como semillas para hacerlas florecer.

El Resucitado encomienda hacer discípulos viviendo como tales. Discipulado en fraternidad es construcción de la Iglesia. A veces nos empeñamos en edificar la Iglesia para hacer luego discípulos. Seguidores del Maestro que buscan hacerse humanos a imagen de la humanidad de Dios, vivida y narrada en Jesús. *“Vosotros sois la sal, la luz”*. Sal y luz que se pierden dando valor a lo que encuentran. Movimiento de encarnación: Al darse mejoran las cosas con sabor, iluminación.

Tu vida consagrada... capullo que se abre, semilla que se rompe, nube que derrama su contenido. Sin olvidar que nubes y pájaros nunca hablan de sí mismos, sino de lo que han visto allí de donde vienen. Las nubes no saben dibujarlo sin transfigurarse, y los pájaros no saben decirlo sin cantar. Tu vida no vende pan; es levadura, sal que se disuelve y da sabor. Será gracia para otros, evangelio, buena noticia. Tantas veces nuestra vida es el único evangelio que de hecho lee la gente que nos rodea.

La vida nunca se pierde cuando se ama. El amor es la energía más potente. Un rostro de enamorado trasmite gozo, el gozo del amor, como el de la mamá mirando al hijo recién nacido. Con la energía del amor centramos la ascesis en moldear en nosotros los sentimientos de Jesús, su sensibilidad, su corazón. Sensibilidad implica energía, impulso, simpatía, sintonía, gusto. Expresa atención atracción, afecto. Sin sensibilidad apasionada no hay santidad. Santidad no significa pasión apagada (eunucos); significa pasión convertida. Misión es pasión por Jesús y su pueblo. No hay futuro para la Vida Consagrada sin pasión enamorada por Jesús y el Reino. Misión es salir de uno mismo, apasionado por Jesús, con el corazón encendido.